

INVESTIGADORES, CONSTRUCCION CRITICA DEL CONOCIMIENTO Y CRISIS DE LOS PARADIGMAS EN SOCIOLOGIA Y ANTROPOLOGIA SOCIOCULTURAL

*Héctor Vázquez**

RESUMEN

Partiendo de la presente situación de crisis en el dominio de la construcción del conocimiento en Sociología y Antropología socio cultural, basada en el cuestionamiento al concepto de Razón propuesta por la Ilustración en el que se han apoyado los distintos paradigmas teóricos, el autor plantea la necesidad de una nueva fundamentación del conocimiento a partir del concepto de interdisciplinariedad capaz de encerrar en sí misma una concepción epistemológica que acepte la existencia de estándares de racionalidad alternativos. Para ello reflexiona acerca de la disposición del concepto de *crítica* y de los dilemas que se derivan de la inserción de los investigadores en el proceso de investigación. Destaca los alcances y límites de las principales líneas hermenéuticas y, sobre todo, analiza la propuesta de Pedro Demo sobre la investigación participativa.

Una de las consecuencias del proceso de pérdida de la hegemonía epistemológica de las grandes construcciones teóricas en el dominio de las ciencias sociales, extremadamente notoria en los campos disciplinares de la Sociología y de la Antropología Sociocultural, muy ligada a la crítica de la modernidad y, por lo tanto, al cuestionamiento de la concepción de la Razón gestada por la Ilustración

* Investigador CIUNR-CONICET

en la que se apoya; es la de la introducción de un nuevo irracionalismo que en sus casos extremos tiende hacia el nihilismo epistemológico.

Una nueva fundamentación del conocimiento capaz de legitimar, una vez más, el estatuto científico de estas disciplinas parece, en el presente, una tarea impostergable. Se impone, entonces, una revisión crítica de las perspectivas y opiniones contrapuestas, muchas veces contradictorias ellas mismas, que permita la puesta en evidencia de sus presupuestos básicos, sepa deslindar problemas, jerarquizarlos y facilitar la elaboración de respuestas alternativas.

Si un investigador sociales, ante todo, alguien que indaga lo que denominamos realidad (histórico-socio-cultural) en la que los hombres construyen su cotideaneidad. Esto es, alguien capaz de elaborar una interpretación rigurosa y plausible acerca de la constitución, comportamiento y significados de la misma, no puede ni debe paralizar su actividad por la incertidumbre y el desconcierto que en épocas de crisis suele ganar a muchos integrantes de la "comunidad científica" nacional e internacional. Sobre todo no debe desalentarse sino adoptar una postura transitoria, al menos, sobre tales cuestiones. Sin dejar por ello de reflexionar constante y profusamente sobre tales dilemas.

Procurando utilizar con claridad y certeza el sentido crítico, lo que no significa impugnar en bloque. Sino por el contrario abrir brechas y enquistar cuñas dentro de las sistematizaciones teóricas propuestas u opiniones emitidas. Fundamentando cada argumento, ponderando y calibrando, del modo más riguroso posible, el significado de lo que se rechaza y de lo que se acepta y el sentido de la alternativa que se está construyendo. Cada investigador ha de elaborar en esta situación, que no conforma un dominio cerrado en el que todos los caminos se encuentran trazados, su propia proyección.

En el plano más profundo ella se enraiza en su historia intelectual y será afectada por su carácter y personalidad, sus intereses cognocitivos y la tradición de pensamiento en la que se ubique de un modo central o periférico.

Las interpretaciones que cada investigador realiza de las modalidades epistemológicas específicas a partir de las que se entronca dentro de una tradición de pensamiento no garantizan, por supuesto, la inobjektividad de sus argumentos ni la solidez de su postura. Cada investigador reconstruye una tradición determinada según su propia perspectiva histórica, su concepto de ciencia y sus intereses (concientes o inconcientes) de conocimiento. Por lo que no existe una tradición de pensamiento impoluta, en el sentido de no contaminada por su intérprete.

La ubicación o modo de inserción que el investigador pretenda establecer en relación a ella obedece a los criterios que han guiado la selección efectuada por el investigador. Aclarada su posición, cada investigador puede adoptar marcos teóricos ya elaborados (lo que indudablemente lo sitúa en términos precisos dentro de una tradición determinada), o construir, total o parcialmente, nuevos marcos de referencia si es que no encuentra satisfacción en los ya existentes cuando estos se muestran incapaces de soportar el significado inmanente de los resultados que sustenta o restringen el contenido de sus interpretaciones.

Toda creación constituye un acto de rebeldía y emancipación que rebasa la ortodoxia. Sobre todo, un investigador no es necesariamente un erudito. La erudición, ligada muchas veces al excesivo respeto a los maestros y a las posturas sostenidas por los grandes científicos suele frustrar la capacidad de creación. No resulta posible la elaboración de respuestas si no se plantean interrogantes. Y estos no existen sin duda previa que los fundamenten. Precisamente por ello, toda aseveración debe ponerse en tela de juicio y quebrarse la coerción que impone la esterotipia de los pensamientos.

La rebeldía apoyada sobre la reflexión y sobre la contrastación intelectual y el desdén por los prejuicios, acompañado de un compromiso lúcidamente apasionando por la tarea de investigación (cuyo producto representa un permanente desafío de superación -por sí mismo o por otros colegas-) constituyen las fuerzas básicas de su creatividad. Solamente de esta selectividad, de esta heterodoxia y de esta voluntad de insatisfacción permanente puede gestarse una producción capaz de sobrepasarse a sí misma.

Si asumimos como supuesto básico un actitud que puede caracterizarse de *relativismo metodológico*, esto no significa que planteamos como posible o siquiera deseable un *relativismo epistemológico*. Por el contrario, pensamos que la puesta en evidencia de los supuestos subyacentes, la explicitación de principios generales, categorías empleadas y criterios de validación del conocimiento utilizados, la rigurosa descripción del proceso de trabajo de campo, la contrastación del producto de la investigación con los resultados de otras investigaciones realizadas sobre la misma constelación de problemas y desde otros marcos referenciales, cuando ello es posible, sin dejar de lado la revisión intersubjetiva de los procedimientos y de las significaciones derivadas del análisis constituyen exigencias metodológicas fundamentales para la superación crítica de todo *relativismo epistemológico*.

Dentro del debate de los alcances y límites de la racionalidad, sobre el que hemos tomado constantemente posición (Vázquez 1982, 1984, 1986, 1990, 1991,

1992, 1993a, 1993b y 1993c), nos parece que en el dominio de las ciencias sociales los temas centrales son:

1. El de una Teoría de la Razón (ligada a una Teoría de la Verdad): El problema de la *identidad o no identidad de la razón*.
2. El de una Teoría de la Verdad ligada a una teoría de la construcción del conocimiento en la ciencia social. Esto es: el *problema de la objetividad* que, para nosotros, se articula mediante:
 - a) La relación Sujeto (investigador)/Realidad histórico-socio-cultural investigada. U otros “cosujetos capaces de lenguaje y acción”, en términos de Habermas.
 - b) Dominios, niveles, grados y matices de las incidencias de los juicios de valor en las construcciones teóricas y elaboración de criterios de control epistemológico.

Esto temas se complementan entre sí y solamente pueden deslindarse por cuestiones analíticas.

Hemos sostenido que la denominada “crisis de los Paradigmas”, que contextualiza la actualidad epistemológica de las disciplinas aquí tratadas (definida, en lo fundamental, por el agotamiento de los Marcos Teóricos positivistas y neopositivistas, fuertemente sistémicos y deterministas y por enfoques reduccionistas del marxismo tan deterministas como ellos), reintroducía en la *historia interna* de estas disciplinas “el viejo debate de la comprensión/explicación”. (Vázquez, H 1991)

En este sentido coincidimos con el diagnóstico de Gilberto Giménez (1992) cuando afirma: “Pues bien, mi hipótesis es que la crisis teórica así caracterizada no es más que la versión renovada de un viejo debate que ha polarizado toda la historia de las ciencias sociales y cuyos orígenes pueden rastrearse ya en las filosofías de los siglos XVIII y XIX: *se trata del debate sobre la naturaleza de las ciencias sociales en relación con las llamadas ciencias naturales*”

De este modo, la *Verstehen* (esa operación propia de las ciencias sociales que se insinúa ya en G. Vico, se desarrolla con el historicismo romántico alemán (Fichte y Savigny) y se sistematiza con los neokantianos de Baden (Rickert y Windelband) y con W. Dilthey, que se describe como capacitada para unir

intelectualmente lo cognitivo, la volición y la afectividad; adquiere renovado vigor, aunque con matices distintos, bajo las diferentes concepciones Hermenéuticas.

Dentro de los temas que conciernen al punto 2, que delimita el campo de interés de este texto, comenzaremos por referirnos de un modo conciso a las cuestiones centrales que se derivan de la problemática de la inserción del investigador en el proceso de investigación.

Asumida la no neutralidad valorativa del investigador ya que en tanto "hombre que vive en sociedad" se encuentra inserto dentro de su "objeto" de estudio: las relaciones sociales y la cultura. Y reconociendo, entonces, que la incidencia de los juicios de valor en la perspectiva del investigador constituye una situación de hecho que no se puede obviar y debe ser controlada por medio de la crítica¹; nos parece que lo fundamental de la problemática se concentra alrededor de los interrogantes que deben despejarse en relación a que la investigación a realizar se plasme inter o intraculturalmente. En otras palabras: que los investigadores investiguen dentro del "mundo de vida" que les es propio o al interior de una tradición cultural que, aunque constantemente remodificada y sometida a procesos de síncretismo, no es indoeuropea, en todo caso, le es ajena.

La hermenéutica interpretativista a lo Paul Ricoeur, fuertemente anclada en la Fenomenología, no puede escapar a los dilemas que se derivan de una conciencia cargada de intencionalidad que se desplaza de las partes al todo (el círculo hermenéutico) considerado como un texto. Es la capacidad reflexiva del Lenguaje lo que hace posible la interpretación con base en la estrategia de la descripción fenomenológica y sus necesarias *epochés*. Mientras A. Giddens propone, retomando a A. Schütz, el ejercicio de una doble hermenéutica capaz de hacer comprensible a un mundo previamente interpretado por una interacción social de "sujeto a sujeto".

Es el concepto de *uso del lenguaje* de Wittgenstein (retomado por Winch, Ricoeur y Giddens) lo que permite a éste concebir las estructuras de significación como reglas semánticas, las de dominación como sistemas de recursos y las de legitimación como sistema de reglas morales. Define la cultura "como un sistema integrado de reglas semánticas y morales". (Giddens: 1987. 125).

En estas concepciones interpretativistas cada investigador es considerado como un lego (capaz de acceder desde su particularidad dentro de la heterogeneidad social en la que se inserta) a partir del sentido común y del conocimiento mutuo entre los actores y mediante la capacidad reflexiva del lenguaje y la intencionalidad

interpretativa, a la comprensión de las intenciones, motivaciones y conductas de los otros. Esto es: de las significaciones sociales y simbólicas.

No compartimos esta exaltación epistemológica del sentido común, la capacidad de autoreflexión mediada por el lenguaje no le es inherente al mismo. Requiere un entrenamiento específico (como en el Psicoanálisis) que es ajeno a los actores que desenvuelven su cotidianeidad dentro del dominio del *know how*.²

Además, siempre existen aspectos simbólicos que, constituyéndose como no intencionales, permanecen como no concientes en cada sujeto y por lo tanto escapan a la “intencionalidad fenomenológica.”

Por otro lado el intento de contextualizar las acciones y símbolos utilizando el concepto de *seguir una regla*, como lo hace Winch apoyándose en el segundo Wittgenstein, supone como lo remarca Ulin, R. (1990) la suspensión (*epoché*) de las categorías mentales del investigador/lego para incorporar las que se derivan de las significaciones que tiene como propósito comprender. Esto, no resulta del todo posible aun dentro de su propio marco cultural de referencia. Y deviene obviamente imposible en la investigación intercultural. La suspensión de los juicios del investigador (*epoché*) no puede implicar el renunciamiento a sus hábitos mentales, ni el autodespojamiento del propio sistema cultural de referencia.

El interpretativismo semiológico de C. Geertz (1987) concibe al análisis cultural como un texto que debe ser interpretado mediante la conjetura de significaciones. Muy cercana a la fenomenología, su hermenéutica parece excesivamente descriptiva (descripción fina) para tornarse, en algunos momentos, interpretativa (descripción densa). La polisemia de sentidos, propia de este abordaje, deja, siempre, demasiado abierta la interpretación. Sus “inferencias clínicas” resultan de una discrecionalidad excesiva dejando fuera de control la subjetividad del investigador. La intengibilidad y niveles y grados de comprensión del sentido de las manifestaciones simbólicas varían de investigador en investigador, y con el mismo investigador cuando cambian sus canones interpretativos.

En *El antropólogo como autor* (1989) lleva esta lógica a su máxima expresión: los antropólogos escriben y rescriben textos y la Antropología se transforma en arte narrativo. De tal postura (y de la crisis desencadenada por la quiebra del sistema de Parssons) parecen derivarse las asumidas por los llamados “antropólogos posmodernos” tales como Marcus, Fischer, Clifford, Rabinow, Crapanzano, Rosaldo, etc., quienes de uno u otro modo exaltan el sentido común despreocupándose de la necesidad de elaborar teoría. Si entre otros aspectos cuestionan, con acierto, la desigualdad de las relaciones entre investigador

investigado en la práctica de campo, ponen también énfasis en el texto etnográfico como alegoría, como lo hace Clifford, capaz de generar una multiplicidad de niveles de significaciones que se adicionan. Se preocupan por revitalizar el trabajo de campo y destacan, como Marcus y Rabinov, la falta de creatividad académica y las evidentes relaciones entre poder y saber que subyacen en la construcción del conocimiento antropológico en los circuitos universitarios. Cardoso de Oliveira (1987) Reconoce la relativa importancia de estos autores en la crítica de un posible dogmatismo científico, pero advierte el peligro de un anarquismo teórico subyacente en ellos.

Resulta conveniente señalar también que si la analogía entre trabajo de campo y rito de pasaje, tal como lo plantea Roberto da Matta (1991), puede resultar seductora para cualquier antropólogo; epistemológicamente debe relativizarse. Sesga excesivamente el proceso de investigación sobre la problemática existencial del investigador, tiende a la mistificación de la experiencia de campo que parece facilitar la revelación de una nueva visión del mundo, y a la devaluación de las necesarias mediaciones dialécticas entre cuerpo teórico/cosujetos a investigar.

Nos interesa, muy especialmente, tomar posición acerca de una corriente de pensamiento que data de la década del setenta y que todavía resulta muy atractiva para muchos antropólogos socioculturales de nuestro país. Se trata de la *investigación participativa* o de la *investigación acción*. Muchos son los investigadores que expresan la necesidad de reflexionar críticamente sobre ella. Pedro Demo resulta un buen ejemplo. En su libro *Investigación participante, mito y realidad* (1985), efectúa una evaluación en la que procura rescatar esta estrategia de abordaje de la realidad sociocultural de las exageradas distorsiones teórico-metodológicas producidas por su utilización abusiva.

Sin embargo, su intento no llega a cristalizar. Tal vez por que no consigue separarse de los supuestos epistemológicos que constituyen esta versión de la investigación participante como tal. Esto es. como un método para: “descubrir la realidad” y “manipularla”.

Esta estrategia de investigación convierte al investigador en un mero catalizador de las necesidades y expectativas del grupo social (el verdadero investigador en este planteo), que se autoinvestiga a partir de una completa identificación con el proceso histórico social que lo constituye: “la investigación participante busca la identificación entre sujeto y objeto. La población estudiada es motivada para participar en la investigación como agente activo, creando conocimiento e interviniendo en la propia realidad. La investigación se torna

instrumento en el sentido que se hace posible que la comunidad asuma su propio destino. El investigador que viene de afuera debe identificarse ideológicamente con la comunidad, asumiendo su propuesta política, al servicio de la cual se pone la investigación” (Demo: 1985, p. 27).

Demo comparte estos principios establecidos por otros y aunque se preocupa por tomar una cierta distancia crítica termina por admitirlos.

En relación al párrafo anterior explica: “En este terreno se mistifica, por lo menos en parte, la cuestión de la práctica ya que se admite exclusiva ente un nivel de la misma. Es decir, aquel que tiende a la transformación partiendo de abajo para arriba. No es menos participante la investigación ideológicamente identificada con los dominadores. La investigación participante se caracteriza por el compromiso ideológico ostensivo, pero no garantiza que sea de izquierda o de derecha. Además el compromiso admite graduaciones importantes, desde el investigador que quería identificarse con la comunidad en forma permanente y definitiva, hasta el que hace este tipo de investigación en forma intermitente Por otra parte, si tomamos en serio la cuestión de las diferencias de clase, y consideramos al investigador como perteneciente por lo general a la pequeña burguesía, la identificación ideológica resulta muy compleja y penosa: además si el problema no es la promoción sino la auto promoción sería más deseable que, a partir de cierto momento, cuando la comunidad empieza a “caminar con sus propias piernas”, “el investigador saliere de escena.” (Demo: 1985, ps. 27 y 28). A pesar de estas observaciones críticas en las líneas finales se acepta la función catalizadora del investigador. Demo se entrapa en su propia postura, su intento de discriminación entre el carácter científico y el carácter político de este tipo de investigación participante resulta tautológico: “Para que sea investigación, y no mera ideologización política, es menester que predomine la preocupación científica, por lo menos en el sentido de ser una ideología científicamente conducida y fundamentada. Así no puede llamarse investigación práctica a cualquier acto político. Esto corresponde solamente en el caso de actos políticos basados en una posición de investigación científica, es decir capaces de descubrir y manipular la realidad” (Demo: 1985, p. 26).

Por otro lado, Demo distingue entre *investigación teórica* (marcos referenciales) de la *investigación metodológica* (modos de estructuración de la teoría) e *investigación práctica* (que identifica con la *investigación participante*): “se trata de la práctica-política-ideológica que admite el compromiso con opciones de realización histórica”. (Demo, 1985, p. 25).

Demás está decir que no compartimos estas distinciones. Para nosotros la investigación teórico metodológica es una sola y su estrecha relación con los datos de la experiencia -siempre interpretados según teoría- constituyen niveles distintos de un mismo dominio. Preferimos, más bien, hablar de investigación aplicada a pesar de que en ciencias sociales estos planes tienden a confundirse.

Tampoco aceptamos el principio de *descubrir y manipular la realidad*. Quien investiga no descubre lo real, sino que esquematiza ciertas relaciones y concatenaciones de sentido que recorta según un *campo de inflexión* determinado, en un modelo que las pone en evidencia.³ Y, por supuesto, no manipula la direccionalidad de un proceso social -intención que de todos modos lo sobrepasaría- sino que comunica a los distintos interesados los resultados de su investigación quiénes podrán (o no) tratar de instrumentarlos. Sobre el anhelo de identificación total entre sujeto / "objeto" nos remitimos a la crítica de Goldmann a Lukács. (Goldmann, L. 1967 y 1968).

Autores como Ruth Cardoso y Alba Zaluar (1988), entre otros, ponen en evidencia la ingenuidad epistemológica básica de esta metodología. Asumen al respecto:

1. Se rompe en ella la dialéctica aproximación-distanciamiento, fundamental para el tratamiento crítico y argumentativo del material obtenido y de su integración a la teoría.
2. Se da una transpolación conciente (e inconciente) y acrítica de la visión del mundo y de las concepciones políticas del investigador sobre el grupo a investigar no existente en el mismo y no previsto en el proyecto político del grupo.
3. Se produce una profunda irreflexión sobre el nuevo campo de relación que surge de la presencia del investigador (en tanto observador) y las alteridades observadas. (Zaluar)
4. Al privilegiar el discurso sobre las carencias el investigador exalta las reivindicaciones locales y define previamente el campo de sus intereses cognocitivos, la direccionalidad de sus observaciones y la calidad de sus informantes. (Zaluar)
5. La *investigación participativa* sobredimensiona excesivamente el sentido utilitario de la investigación, privilegiándose el análisis de las carencias materiales sobre otros dominios de la realidad, por ejemplo:

lo simbólico (en el sentido estructuras sociocognitivas y representaciones colectivas)

6. El investigador tiende a convertirse en dirigente político y en líder. Asumiendo, así, una posición desigual y de superioridad sobre los miembros del grupo social que investiga.
7. El investigador tiende a imponer sus intereses políticos sobre los del grupo local.
8. El proceso de investigación y sus resultados se estereotipa y distorciona en función de los intereses políticos del investigador.

La elucidación de las condiciones contextualizadoras del proceso de investigación constituyen los fundamentos de toda construcción crítica del conocimiento. En nuestros días y en un dominio de elevada generalidad, el concepto de *crisis* sitúa dichas condiciones. “Hablar de crisis” -expresa Krotz (1992: 12) “es hablar de algún proceso de disolución: el desvanecimiento de “el tema” central, de “el enfoque” hegemónico, de los límites disciplinarios, pero también del ocaso de grupos o individuos de referencia, de estructuras institucionales características o de un perfil profesional típico -es decir, el desdibujamiento de elementos de identificación fundamental para el gremio y su quehacer- Dicho sea de paso que como muy amenudo discursos y textos cargados de crítica giran en torno a conceptos, nociones o palabras, este segundo aspecto tiende a ocultar al que se mencionó anteriormente, es decir la oposición entre individuos y agrupaciones concretas”.

La inserción institucional de cada investigador, las particularidades con las que se ubique o con las que rechace las orientaciones de pensamiento que lo interpelan, la naturaleza de su producción, inciden en su valoración acerca del sentido y significaciones de estas crisis condicionado las modalidades de su actitud ante ellas. En nuestro país, y posiblemente en todas las “comunidades científicas” de América Latina, la reinterpretaciones de modas teóricas que proponen soluciones de oropel a los dilemas epistemológicos y metodológicos que nos inquietan o, simplemente el nihilismo cognitivo parecen, constituir los rasgos más característicos de la actual situación de crisis.

La autoimposición de un exigencia de permanente refundamentación se muestra como la respuesta indicada para superar ignorancias e incertidumbres apuntalando, así, una sostenida construcción de conocimientos que permita la necesaria renovación crítica de estas ciencias que cotidianamente nos comprometen.

NOTAS

¹ Juan Carlos Gardella plantea la posibilidad de predicar la verdad o falsedad de los juicios de valor. Lo que agrega al debate epistemológico un dilema adicional. Consultar "Supuestos Epistemológicos de una Teoría Crítica" en *Papeles de Trabajo* N° 2, Universidad Nacional de Rosario. 1992.

² Habermas plantea que en estas concepciones el intérprete en tanto lego que aplica intuitivamente el saber que posee como miembro de un grupo social no llega a la comprensión *reconstructiva*. Esto es a la reconstrucción racional de las reglas que generan la producción de símbolos o acciones. Consultar: *Teoría de la acción comunicativa*. 1989. Ed. Taurus. Barcelona.

³ El concepto de *campo de interacción socioétnico* permite la operacionalización del marco teórico, delimitando las categorías mediadoras y planteando los interrogantes adecuados en relación al tema a investigar. Permite la discriminación de niveles posibles de generalización, la detección de matices similares entre distintas constelaciones de fenómenos y la determinación de los contextos susceptibles de comparación.

BIBLIOGRAFIA

CARDOSO, R. 1988. "Aventura de antropólogos en campo ou como escapar das armadilhas do método". En *Aventura antropológica*. Ed. Paz e Terra. Sao Paulo.

CARDOSO de OLIVEIRA, R. 1987. "A categoria de (Des)ordem e a pósmodernidade da Antropologia" en *Trabalhos em Antropologia Unicamp*. N°1. Brasilia.

CLIFFORD, J. y MARCUS, G. 1968. *Writing culture*. University of California Press.

DA MATTA, R. 1991. *Relativizando*. Ed. Rocco. Río de Janeiro.

DEMO, P. 1985. *La investigación participativa -mito y realidad-*. Ed. Kapelusz. Bs. As.

GEERTZ, C. 1987. *La interpretación de las culturas*. Ed. Gedisa. Barcelona.

GEERTZ, C. 1989. *El antropólogo como autor*. Ed. Paidós. Bs. As.

GIDDENS, A. 1987. *Las nuevas reglas del método sociológico*. Ed. Amorrortu. Bs. As.

GIMENEZ, G. 1992. "En torno a la crisis de la Sociología" en *Sociología*. Año 7. N° 20. Universidad Autónoma Metropolitana. México.

GOODMAN, L. 1961. "Las Ciencias Sociales y el Futuro". En: "Nueva Visión". Bs. As.

KROTZ, E. 1992. "Crisis de la antropología y de los antropólogos" en *Historiografía de las Ciencias Antropológicas*. Ed. Universidad de Guadalajara. México.

- RICOEUR, P. 1969. *Le conflict des interpretations essais Hermeneutiques* . Ed. Du Seuil. Paris.
- ULIN, R. 1990. *Antropología y Teoría Social*. Ed. Siglo XXI. México.
- VAZQUEZ, H. 1982. *El estructuralismo, el pensamiento salvaje y la muerte* -Hacia una Teoría Antropológica del Conocimiento- F. C. E. México.
- VAZQUEZ, H. 1984. *Sobre la Epistemología y la metodología de la Ciencia Social* . Universidad Autónoma de Puebla. México
- VAZQUEZ, H. 1991. "Identidad y Cognición en un campo de interacción socio-étnico, desde un abordaje Histórico Crítico. en *Propuestas para una Antropología Argentina*. Ed. Biblos. Bs. As.
- VAZQUEZ, H. 1993a. "Del problema de la dinámica de las significaciones simbólicas en los procesos identitarios en los aborígenes argentinos y el análisis de la variable cultura" en *Revista de Antropología* . Año 8 N° 13.
- VAZQUEZ, H. 1993b. "Peter Winch y su uso del concepto de uso del lenguaje de Wittgenstein" en *Papeles de Trabajo* n° 3 Universidad Nacional de Rosario. Arg.
- VAZQUEZ, H. 1993c. "Hermenéutica y reflexividad en Ricoeur y Giddens -consideraciones críticas-" en Prensa. *Cuadernos de Antropología* . UNLU-EUDEBA. N° 4.
- VAZQUEZ, H. BIGOT, M. y ROGRIGUEZ, G. 1992. "Asentamientos tobas-qom-en la ciudad de Rosario: procesos étnicos identitarios" en *América Indígena* . Vol-LI N° 1. México.
- WINCH, P. 1990. *Ciencia Social y Filosofía* . Ed. Amorrortu. Bs. As.
- WITTGENSTEIN, W. 1953. *Philosophical Investigations* . Oxford. Basil Blacwell.
- ZALUAR, A. 1988. "Teoría e Prática de trabalho de campo: alguns problemas" en *Aventura antropológica* . Ed. Paz e Terra. SAO PAULO.